

Apropiación de los mercados en África. Los recursos en disputa*

*Julián Andrés Caicedo Ortiz***

*Adrián Ilora Brumario****

El desarrollo de la civilización se ha cumplido bajo el signo del verdugo (...).

No es posible deshacerse del terror y conservar la civilización.

Adorno y Horkheimer, 1994

Resumen

El presente artículo propone una descripción sobre el control del proceso y la posesión del mercado (viejo y nuevo) en África, incentivado por Estados Unidos, Europa, especialmente Francia y Asia y recientemente la República de China (PRC de la gente). El documento considera que una parte sustantiva del capitalismo de guerra fría tiene por objeto la búsqueda de nuevas formas de intervención en los procesos de producción en virtud de los cambios en la composición de la demanda, desplazamientos en la función

* El artículo forma parte de la investigación: "Procesos de acumulación y apertura de mercados en sociedades globalizadas", que se desarrolló en el semestre 2013-1, en la cátedra Geografía política, del Programa de Ciencia Política y Gobierno de la Universidad Jorge Tadeo Lozano

** Doctor en Estudios latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor titular del Programa de Ciencia Política y Gobierno de la UJTL. Coordinador semillero de investigación "Gestión pública, democracia e instituciones". Correo electrónico: julianca@unicauca.edu.co

*** Estudiante del programa de Ciencia Política y Gobierno de la UJTL. Integrante del semillero de investigación: "Gestión pública, democracia e instituciones". Correo electrónico: adrian.ilorab@utadeo.edu.co

de producción, situación que debería ocurrir en los países en desarrollo caracterizados por una abundante dotación de recursos naturales y necesitados de un desarrollo industrial y tecnológico competitivo. Las formas de intervención política reciente en los países de África por parte de las naciones metropolitanas se manifiestan de manera agresiva para ejercer el control sobre la disposición de las materias primas, situación que incita a la insurgencia para apoderarse de zonas estratégicas. En la medida en que los gobiernos socialistas no aceptan políticas asociativas para llegar a un modelo económico mixto su estabilidad corre peligro. Una economía global exige más producción limpia y evitar la violación de los derechos humanos y asumir la defensa del medio ambiente.

Palabras clave: intervención del mercado, capitalismo de la post Guerra Fría, desarrollo del África, insurgencia.

Abstract

This article proposes a description on the process followed to exercise control and possession of the (old and new) market in Africa, encouraged by the United States needs and especially by France and Europe, and recently the Republic of China requirement of raw materials. The document considers that a substantive part of capitalism's cold war aims is to search for new forms of intervention in the production processes under changes in the composition of demand, and shifts in the production function. These changes also will happen in developing countries characterized by a generous endowment of natural resources and thirsty of foreign investment in competitive industrial and technological developments. Forms of recent political intervention in African countries by the metropolitan nations demonstrate how aggressively they intend to exercise control over the disposal of raw materials, situation that encourages the insurgency to seize strategic areas. To the extent that Socialist governments or other insurgent movements do not accept associative policies to reach mixed economic model political and social stability is at risk. A global economy requires more clean production and prevent the violation of human rights and assume the defense of the environment.

Keywords: Intervention In The Market, Capitalism In The Post Cold War. Africa's Development. Insurgency.

Introducción

La disposición de los recursos naturales ha sido, históricamente, uno de los principales motores de la política en un mundo donde estos son limitados. Las razones circunscritas no están en la oficial y dicotómica relación civilización y barbarie, sino en la manutención

de las fuentes de poder material para los países con la capacidad militar y tecnológica de controlar, explotar, producir y/o transformarlos, es decir, un proceso de “civilización de los artefactos y de la economía desmaterializada” (De Cozar, 2002: 8).

Al respecto, hasta hace pocos decenios, la sistemática intervención militar de las potencias europeas, seguida de una posible anexión formal de territorio, sería la práctica más común para solventar esta problemática. A finales de la era decimonónica, y a través de la llamada Conferencia de Berlín (1884 y 1885), algunos países de Europa occidental decidieron apropiarse, a excepción de Liberia y Abisinia, de todo el continente africano. Los imperios coloniales europeos, que dominarían el 85% de la superficie terrestre para 1918, mantendrían un férreo dominio sobre la región, hasta que un profundo cambio socioeconómico durante la segunda mitad del siglo XX, hizo necesario y hasta pragmático el abandono de los vastos imperios coloniales.

Sin embargo, los países desarrollados seguían, por norma general, dependiendo de los recursos naturales que no poseían y que ahora estaban en su mayoría, en el “control” de regímenes independientes, incluso en algunos escenarios a manera de moneda de cambio para lograr el apoyo a intereses radicales y a formas de control o de poder, por parte de estos últimos.

Aunque el carácter civilizador de la colonización sigue oscilando como variable determinante en la intervención militar y política de los Estados, en gran medida, gracias a que el proceso es residual a las dinámicas de intercambio y apertura de mercados (inevitable), y a la “búsqueda” por implementar o implantar condiciones democráticas que faciliten dichas condiciones (mercado). Tras la caída del bloque comunista, los procesos de dominación y control se realizan más sutilmente de lo que se acostumbraba, pero de ninguna manera la lucha por el control de las materias primas terminará sino con el agotamiento de las mismas. Y es precisamente en África, un continente tecnológicamente muy atrasado, donde en la actualidad tienen lugar la mayoría de luchas políticas por recursos estratégicos.

El presente documento tiene el propósito de describir el proceso adquisitivo de recursos valiosos por parte de potencias americanas, europeas y asiáticas en el continente africano; como Estados Unidos, Francia y China, de tal manera que pueda percibirse el sentido geoestratégico de estos países en el siglo XXI, por el control sistemático de fuentes de gas, diamantes, oro, coltán y uranio, además de cobre, bauxita, manganeso, platino, cobalto, titanio y fosfatos. Esto, complementado con las apropiaciones de territorio que permitan la exploración de importantes recursos minerales como hierro, cromo, estaño, zinc, plomo, torio, circonio, vanadio, antimonio, berilio, mica, azufre, grafito, piedra caliza y yeso, además de arcillas; e instalar factorías o maquilas que a bajo costo, facilitan la producción textil y la monopolización de servicios.

La metodología que proponemos es un análisis diacrónico que remarca las transformaciones geopolíticas de los procesos de apertura de mercados en el continente africano, y de control monopólico de las potencias. En conjunto con el discurso (neo) civilizador y

antiterrorista que desde el 11 de septiembre de 2001, es el elemento que orienta la política internacional y el intervencionismo militar en una sociedad global.

Contexto histórico

Durante el siglo XIV, con objeto de obtener una nueva ruta hacia el Lejano Oriente, los portugueses iniciaron un proceso que los llevó a la conquista de pequeños reductos, formando una cadena de posesiones que les ayudó a controlar el comercio con África y resguardar el océano Índico (Brett, 2013). Si bien los lusos buscaban desde un principio las riquezas de Oriente, nunca desdeñaron la oportunidad de comerciar con los africanos. Pronto el intercambio comercial con los reinos del Golfo de Guinea era sumamente rentable, en concreto con Wolof, Mandinga y Bati, donde los portugueses obtenían oro, algodón, marfil y esclavos a cambio de caballos, telas y hierro (Metcalf, 2005; Peabody, 2006; Weckmann, 1993). Las noticias de Colón de “nuevos” y ricos territorios al Occidente poblados por comunidades fácilmente conquistables, inició un auge colonizador rara vez visto.

Aunque los sistemas coloniales instituidos en América variaban en sus técnicas y prioridades, el factor económico tenía una relevancia mayor, la colonia debe ser un lugar donde la metrópoli espera obtener algún rédito. El escollo más importante que debió subsanarse desde un principio, fue la escasez de la mano de obra. El sometimiento de indígenas a la condición de esclavos¹ fue practicado tanto por los exploradores españoles como por los *bandeirantes* portugueses (Metcalf, 2005; Weber, 2007; Weckmann, 1993), pero las condiciones laborales y las enfermedades, especialmente de origen euroasiático, arrasaron comunidades aborígenes enteras.

Los ingleses en su conquista del norte, mucho menos populosa que la de Mesoamérica y en menor medida que la de los Andes, habían recurrido a un sistema mixto de minifundios y grandes plantaciones, donde la migración de familias completas fue la norma, en contraste con la de competidores españoles. Sin embargo, en donde proliferó la plantocracia la operación fue sencilla: *entre más mano de obra mejor la ganancia*. Ni siquiera el sistema de servidumbre temporal pudo solventar tal situación.

En el siglo XVIII, los hispánicos, con una institución donde lo común era estar sometido a un lazo perpetuo y hereditario, pero donde la emancipación de los esclavos era más normal que en el sistema de los británicos, franceses y holandeses, donde el mestizaje era bajo y los libertos eran excepciones; habían recurrido a la esclavitud para lograr mejores resultados en el sistema productivo. Fue África quien alimentó las plantaciones preindus-

¹ Aunque en la teoría legal se podría hablar de siervo más que de esclavo.

triales del Caribe, Norteamérica y la costa de Brasil, al igual que gran parte de la minería masiva, mediante la exportación de millones de esclavos. El suministro constante de esclavos era vital para la manutención del aparato productor que proveía a los europeos cantidades considerables de bienes de consumo y de materias primas (Brett, 2003; Campbell, 2011; Wood, 2011).

Este proceso permitió la dinamización de las economías de las potencias coloniales europeas. Gracias a ello, los portugueses lograron obtener el primer monopolio del “oro blanco”. Los *engenhos* azucareros de Brasil tenían una producción estimada de 20 mil toneladas al año (Ferguson, 2012; Inglis, 2007; Metcalf, 2005; Weckmann, 1993), lo que facilitaba a los franceses construir colonias como *Saint-Domingue*, “La perla de las Antillas”. Haití contaba ya con aproximadamente 475 mil esclavos en 1789, veinte por cada blanco libre de la isla y con una tasa de mortalidad que superaba la de natalidad entre los esclavos. No en vano para 1791 tenía una producción que se estimaba en 78 mil toneladas, era el mayor productor de azúcar y café consumidos en Europa y poseía una creciente cantidad de índigo. Siendo el “alma” de ciudades como Burdeos, Nantes o La Rochelle, constituía el 75% de los bienes coloniales producidos por el reino y era la razón del superávit comercial francés (Byrd, 2008; Forestier, 2005; Foster, 1994; Inglis, 2007; McPhee, 2003).

Asimismo, los británicos con más de medio millón de esclavos en sus propiedades americanas y más de 300 mil solo en Jamaica, pudieron formar una sólida industria tabacalera, textil y azucarera, dando pie a la conformación de una aristocracia comercial sumamente rica, de quienes los Tobacco Lords de Glasgow o los centros industriales y portuarios de Liverpool, Bristol y Londres representaban su clímax (Burnard, 2011; Byrd, 2008; Hornsby, 2012; Morgan, 2000).

Incluso España, no muy partidaria del método, vio necesario implementar medidas para poner fin a las restricciones del comercio de esclavos en Cuba y Puerto Rico, al ver comprometida su economía y prestigio después de la derrota en la guerra de los Siete Años; como resultado, las empobrecidas islas sufrieron un *boom* económico y se alinearon con el bando hispánico aun cuando las colonias continentales rompieron nexos con Madrid (Inglis, 2007; Schmidt-Nowara, 2009).

Los efectos de los procesos independentistas en las Américas

Finalizando el siglo XVIII se iniciaron los procesos independentistas en América, lo que cambió de nuevo el tono de las relaciones entre las potencias europeas y África. Las considerables cantidades de esclavos que anteriormente requerían los colonizadores, ya no eran del todo necesarias, incluso países como Gran Bretaña generaron procesos que terminarían legalmente con el lazo perpetuo y hereditario entre amo y esclavo, sin

embargo, también se incrementaron las ansias europeas por nuevas colonias, dado que ninguna de las grandes potencias había visto su imperio salir intacto de las revueltas.

Con la victoria aliada de 1815 y el Congreso de Viena, se vieron momentáneamente apaciguados los conflictos entre las potencias europeas, lo que permitió que a largo plazo todas estas potencias, tanto de primer como segundo orden, se beneficiaran por el aumento de la capacidad tecnológica. Por ahora, a Europa no parecía interesarle en demasía el vecino del sur, básicamente, las grandes potencias mundiales no veían necesidad, y en muchos casos no tenían la capacidad de intervenir en África en masa para satisfacer sus necesidades imperiales, además, los europeos en realidad desconocían qué había más allá de las costas.

Por otra parte, Reino Unido había iniciado la colonización de Australia, determinando desde un principio que no existiría la esclavitud. Canadá estaba asegurado y con una posición sólida en el oriente de Indostán densamente poblado, y parecía tener un futuro brillante sin necesidad de más. Francia había sufrido fuertemente por las guerras napoleónicas y solo había logrado salir con sus posiciones continentales prerrevolucionarias intactas por la habilidad de Talleyrand y el interés británico por un balance de poderes en la Europa continental.

La nueva gran potencia, Rusia, ya poseía un imperio de tamaño colosal, pero sus intereses inmediatos apuntaban al Imperio Otomano, ya que geográficamente estaba muy distante de África. Los reinos de la península ibérica sufrían significativos estragos internos, primero, por la cruenta guerra contra Francia, y segundo, por la inestabilidad de los regímenes, tanto de los Borbón como de los Braganza, que no les permitían lanzarse a una empresa colonial relevante después de la pérdida de sus posesiones más rentables.

Pero esta falta de interés por la conquista no impidió las exploraciones, ni suprimió el deseo por aumentar el comercio, menos aún con el auge de la primera Revolución Industrial que trastocó en definitiva las bases de la sociedad como pocos eventos alguna vez lo han logrado hacer a través de la historia. Gracias a una revolución en el conocimiento de las ciencias naturales, a algunas abundantes cantidades de materia prima barata, y mano de obra alimentada por una explosión demográfica en Europa (Reino Unido particularmente), los productos que antaño fueran costosas artesanías podían ser producidos en cantidades sorprendentes y a precios irrisorios.

En principio, la indolente ecuación parece ser muy sencilla, pero teniendo entre sus factores el carácter finito de los recursos materiales y humanos, sus implicaciones reales tienen un poder transformador que ha dado a luz el mundo que conocemos hoy, y claro está, sellaron el destino africano. Si se toma en consideración no solo el aumento del 1.000% del comercio entre Europa y África de 1820 a 1850, sino el incremento de las importaciones de materia prima realizadas por estos, como el Reino Unido que pasó de importar 350 mil metros de algodón a 16 millones y de 600 toneladas de hierro a tres mil, se puede evidenciar la importancia que las nuevas fuentes de recursos podrían tener

(Coquery, 2009). Como dato complementario, ya en 1788, los británicos fundaron la African Association, que se unió a la Royal Geographical Society con objeto de iniciar formalmente las exploraciones y cartografiar África.

Una vez la gran potencia abolió el comercio de esclavos, en 1807, los británicos empezaron a plantear sus relaciones comerciales con África basándose en lo que llamaban “comercio legítimo” (Brett, 2003; Coquery, 2009). En últimas, esto quería decir que no se podía comerciar más con seres humanos. En vez de aquel “inmoral” acto se debía ayudar a África comerciando con artículos que estos produjeran, como azúcar, especias, goma arábiga, marfil o aceites. Sin embargo, vale la pena resaltar que la mayor parte de este comercio, como el que se mantenía por azúcar y clavos con el sultanato de Zanzíbar (Brett, 2003; Coquery, 2009; Sheriff, 1985), o el de aceite de palma con Nigeria, tenía su columna vertebral en la mano de obra esclava (Coquery, 2009; Searing, 2003).

Fue así como el “comercio justo” ayudó a engrasar la nueva maquinaria, y a alimentar y limpiar al Reino Unido (Brett, 2003). De igual forma, cuando los franceses decidieron, a mediados de la década de los cuarenta, avanzar desde Saint-Louis por la conquista de Senegal en busca del rentable comercio de cacahuates, para elaborar aceite y “bellos” jabones que contrastaban con los baratos de palma británicos, no mostraron que la misión civilizadora interviniera mucho en los negocios, e instituyeron un sistema de plantaciones donde los esclavos eran la norma (Brown, 2011; Lovejoy, 2011).

También los portugueses en Angola y Mozambique utilizaban masivamente mano de obra esclava para alimentar sus cafetales (Brett, 2003; Coquery, 2009). En términos generales, la nueva táctica resultó ser del todo rentable, de hecho, se llegó a calcular que para mitad de siglo tan solo el comercio senegalés y nigeriano superaba con creces al esclavista de principios del siglo, es más, solo en el segundo caso de 1810 a 1855 el comercio se incrementó 4.400%, y el de esclavos aumentó para alimentar la nueva producción (Klein, 1998).

Francia, por otro lado, optó por un acercamiento no tan sutil como el británico, ya que tempranamente la opción militar fue preponderante. Es claro que por su falta de colonias el Estado galo pusiera su mirada en el sur mucho más fácilmente que Reino Unido. En 1830, una fuerza expedicionaria desembarcó en Argelia, y tras 15 años, desde el norte de Túnez a Marruecos la monarquía francesa reinó (Brett, 2003). Así, fue posible que los europeos iniciaran la intensa colonización de África, arguyendo fines “humanitarios” y “civilizadores”, mientras que su actitud demostraba un interés económico, además de emplear tácticas despóticas y despiadadas.

En un discurso en 1884 el político francés, Jules Ferry, dijo:

Debemos decir abiertamente que de hecho las razas superiores tienen un derecho sobre las inferiores (...) y un deber. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores (...). Pero en nuestro tiempo sostengo que las naciones europeas desempeñan con

generosidad, con grandeza y sinceridad este superior deber civilizador (citado en Ferguson, 2012: 239).

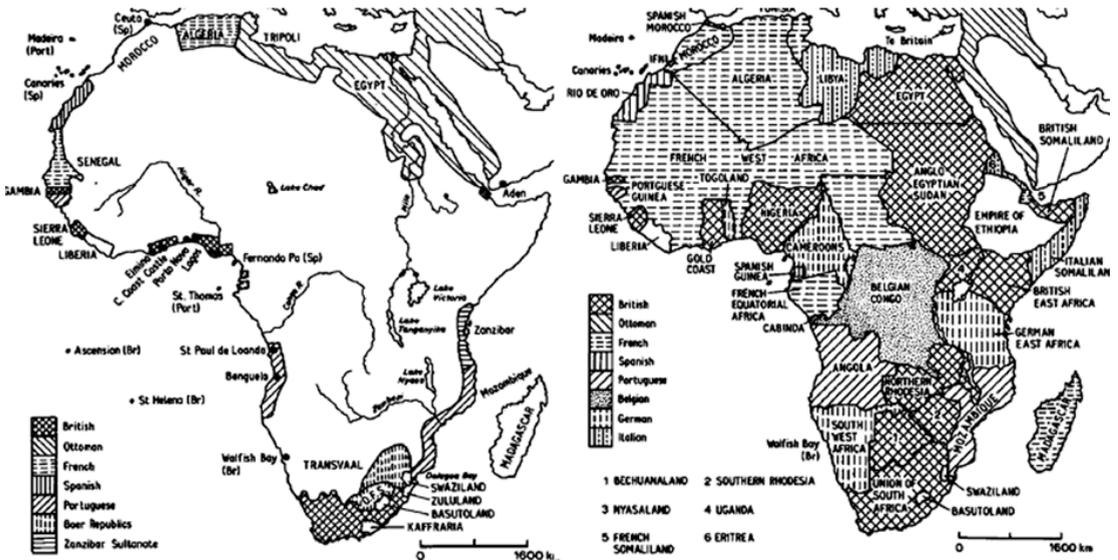
No obstante, estas “generosas” empresas podían terminar francamente mal desde el punto de vista no económico. Uno de los mejores ejemplos es el caso de la Asociación Internacional para la Represión de la Trata de Negros y la Promoción de África Central, fundación creada con la intención de acabar el comercio de personas por parte de los empresarios afroárabes. Si bien se reconoce que en general este objetivo se cumplió, también se podría interpretar que simplemente se terminó por arrebatárselos a los comerciantes el monopolio de la actividad. Así fue como la misma fundación con tan loable objeto y nombre, ya convertida en el Estado Libre del Congo, decidió que era imperativo transformar a la población local en elementos productivos. A causa del marfil, la minería y al apogeo del caucho en el centro industrial, el administrador del Congo, Leopoldo II, rey de Bélgica, tuvo la oportunidad de instituir en esta periferia uno de los regímenes esclavistas más eficientes y brutales que hayan existido, obteniendo así millones de francos y de muertos (Brett, 2003; Coquery, 2009). A la larga, esta propiedad personal del monarca belga se volvió uno de los ejemplos más importantes de lo que los alemanes llamaban *Raubwirtschaft* —una economía que se soportaba en el saqueo (Brett, 2003)— y a la cual el mandatario tuvo que renunciar, puesto que se convirtió en propiedad del Estado que simbólicamente regia, y por la presión de sus convenientes vecinos, gracias al escándalo armado.

En el invierno de 1885-1886, las potencias de la Europa industrial dirigidas por Londres, París y Berlín, se reunieron en el Segundo Imperio Alemán para zanjar sus diferencias en cuanto a las áreas de influencia dentro de África, así, en las secciones 34 y 35 del acuerdo de la Conferencia, África perdió la poca independencia que le quedaba (Coquery, 2009), conformando los nuevos y vastos imperios coloniales que absorbieron todo el continente africano en pocas décadas, a excepción de Liberia y el Imperio Abisinio. Desde el Congreso de Berlín en adelante, Europa representa una fuerza preponderante en la política africana. Toda esta nueva inmersión de la Europa industrial, con sus fusiles de retrocarga, ametralladoras Maxim y nuevos avances en medicina dentro de África, hicieron posible, junto con el impulso “civilizador” y la necesidad de financiación, un modelo de explotación económica de corte servil a beneficio de los colonizadores, quienes para 1910 dominaban de forma efectiva el 84% del globo (véase figura 1).

El periodo entre guerras

La Primera y Segunda Guerra Mundial tuvieron un impacto social profundo, dejando en claro que las potencias europeas no eran imbatibles, sino que tanto británicos como

Comparativo África en 1870-1914



Fuente: Mackenzie, 1983, pp. 15 y 30.

franceses habían conscripto a millones de indígenas para colaborar con su esfuerzo bélico, empezando a formar lo que los africanos considerarían una deuda innegable, que no les era reconocida ni les proveyó beneficio alguno, de hecho, sus muertos parecían relevantes solo para evitar los de la metrópoli.

El emblemático premier francés Clemenceau, “El Tigre”, diría ante el Parlamento en defensa de la conscripción de africanos, en 1918: “Aunque yo tenga infinito respeto por esos valerosos negros, preferiría ver morir a diez que a un solo francés, porque creo que ya han muerto bastantes franceses y que es necesario sacrificar a los menos posibles” (citado en Ferguson, 2012: 257).

Tras la Segunda Guerra Mundial la población de las metrópolis que se desangró peor que en la Primera, parecía cada vez menos comprometida con el asunto colonial, en este caso nunca existió un *Sykes-Picot*, y aunque se tratara de restablecer el *statu quo*, desde un inicio parecía poco plausible que los mismos ideales por los que los europeos occidentales lucharon alrededor del mundo junto a sus colonias, no se volvieran parte del discurso del reciente nacionalismo colonial y repercutieran en un fuerte sentimiento independentista. Hecho exacerbado por las tempranas independencias formales de países como Egipto y por el poder que llegó a desplegar el imperio japonés, primer imperio moderno no occidental desde 1904, importante en el derrumbamiento del argumento de la “superioridad blanca”.

Para 1950, el Reino Unido dominaba formal e informalmente Egipto, Sudán, Ghana, Camerún, Somalia, Nigeria, Tanzania, Uganda, Kenia, Malawi, Zambia, Lesoto,

Mauritania, Suazilandia, Seychelles, Namibia y Eritrea; Francia: Yibuti, Comoros, Argelia, Mauritania, Gabón, Congo, República Centroafricana, Chad, Costa de Marfil, Níger, Benín, Madagascar, Malí, Togo, Senegal, Camerún, Marruecos y Túnez; Bélgica: Congo, Ruanda y Burundi; Portugal: Angola, Santo Tomé, Cabo Verde, Mozambique y Guinea-Bisáu; y España: Gran Valle del Rift y Guinea Ecuatorial².

Empero, en esa década los más fuertes del sistema colonial, Francia y Reino Unido, sufrieron calamitosas derrotas, como en la batalla de Dien Bien Phu en 1954, o el fracaso de la expedición al Suez de 1956, de quienes buscaban la independencia o se negaban a obedecer las órdenes de las antiguas metrópolis, evidenciando la incapacidad de los colonizadores de someter sus vastísimos territorios por la fuerza.

La década de los sesenta será por excelencia, la de las independencias en África. Tan solo en 1960, 17 países lograron la independencia; 14 de Francia, dos de Bélgica y uno del Reino Unido. Para finales del decenio, la presencia de territorios europeos en el área era una rareza pronta a acabar. Sin embargo, esto nunca significó que los nuevos Estados fueran competentes o siquiera soberanos en su totalidad. Por lo común, la dependencia del nuevo Estado con la antigua metrópoli apenas disminuyó, o se recurrió a la ayuda prestada por terceros, como Estados Unidos, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la República Popular China.

En muchos casos, estos procesos pudieron tomarse como beneficiosos para las potencias, dado que estas vieron reducidos los amplios costos, muchas veces injustificados e imposibles de recuperar, que requerían la administración del control militar directo y la burocracia permanente en las áreas dominadas. En esencia, la independencia nunca significó el fin de la dependencia, la manifestación del poder imperial se transformó radicalmente pero no sus objetivos generales. La lucha por los recursos naturales, ahora institucionalizada, se convertiría en el motor de las relaciones internacionales con África.

La importancia de África

Desde siempre los humanos se han enfrentado por la adquisición de los recursos, en últimas porque parte del poder depende de los medios disponibles para suplir las necesidades propias y para ejercer dicho poder imponiéndose sobre otros. Con frecuencia, en un mundo drásticamente fragmentado, de difícil comunicación y transporte, los intereses se limitaban a las proximidades, pero con la irrupción de las naciones industriales y las evidentes ventajas que tiene el sistema de producción en masa y el poderío que otorga a quien lo adopte de forma efectiva, prácticamente todo Estado que ha entrado en contac-

2 Ghana, Camerún, Tanzania, Namibia, Togo, Camerún, Ruanda y Burundi, eran propiedad del Segundo Imperio Alemán, antes de la Primera Guerra Mundial. Durante la Segunda Guerra Mundial se hizo un reparto de la África Oriental Italiana.

to con el sistema ha intentado adoptarlo de una u otra forma, llevando naturalmente a procesos de globalización, que gracias al desarrollo tecnológico han hecho del mundo un lugar “finito” y cada vez más pequeño.

Ahora bien, el sistema industrial no solo “encogió” el mundo de forma impresionante, sino que despertó un ansia por los recursos naturales sin parangón en la historia. En la actualidad, un mundo suscrito al “evangelio del desarrollo” se topa con un pequeño inconveniente, el mismo que todo Estado con ansias de sumarse a la lógica del comercio, la industria y el poder ha encontrado: para lograr los objetivos que exige la sociedad moderna se requieren cantidades enormes de recursos, tanto humanos como naturales, y si es necesario, a pesar de las susceptibilidades sociales, se debe ir a por ellos. Los victoriosos en esta competencia se llevan el premio de poder dominar a los otros y, de cierto modo, vivir a sus expensas. Como bien lo diría Hjalmar Schacht, ministro de Economía alemán, en 1937: “Ninguna gran nación permitiría voluntariamente que sus estándares de vida y cultura fueran disminuidos y ningún gran poder aceptaría el riesgo que lo llevara al hambre” (1937: 229).

Si se debe emprender misiones que resulten en el saqueo sistemático o en la eliminación de comunidades enteras, se hace a la postre porque la principal función de los políticos es mantener el poder y la riqueza de las naciones que representan, y por mucho que los ciudadanos de las potencias se quejen de los métodos, en realidad, nunca aceptarían el resultado de no ponerlos en acción.

África, un continente prácticamente desindustrializado, débil en términos generales y con abundantes reservas vírgenes a la espera de ser descubiertas y explotadas, es uno de los blancos perfectos para estructurar rentables procesos de interacción económica y el restablecimiento o solidificación de los imperios informales. Desde la época de la descolonización los africanos han tomado, teóricamente, el control sobre sus países. El clima de la Guerra Fría, la pérdida del valor estratégico, tanto por el ansia de recursos del Golfo Pérsico como por la devaluación de la posición geográfica del continente, causaron que las potencias prestaran menos atención a la posición africana, sin que nunca se llegara a la disminución de forma radical o determinante de su influencia.

De hecho, dentro de los altos círculos de la política, en particular el francés, se reconocía el valor del vecino del sur para Europa, donde se planeó con cuidado, cómo las exmetrópolis dominarían tras la sombra, parte más que relevante de la política poscolonial. No en vano Mitterrand escribiría, en 1953: “La Francia del siglo XXI será África o nada en absoluto” (citado en Krosalak, 2004: 80). En Baumann (1995: 28), aparece como: “sin África, no habrá historia de Francia en el siglo XXI” (*without Africa, there will be no history of France in the twenty-first century*).

Desde el fin del conflicto bipolar, el interés por África se fortalece cada vez más. Ahora, a las potencias industriales tradicionales se les suma un inmenso número de Estados tratando de equiparar su éxito. El ascenso de los grandes emergentes, ha significado un

aumento considerable de la demanda de los *commodities*, y el éxito de exploraciones y explotaciones minero-energéticas para satisfacer necesidades cada vez mayores. En esta coyuntura África se vuelve cada vez más un área de alto interés para las potencias, normalmente ávidas de recursos.

África no es blanco ideal solo por sus cuantiosas reservas y su mano de obra barata, el continente, salvo excepciones, es terriblemente inestable y desunido. La debilidad política y económica de sus Estados se traduce en una incapacidad para enfrentar a potencias descontentas con sus políticas internas, por no decir que, en muchas ocasiones, la única fuente real de financiación de estos regímenes son los negocios con las potencias y las ayudas económicas que proveen. De esta forma, un alto porcentaje de Estados fijos, o de dirigentes que permanecen intocables, lo son, solo por el apoyo de un poder superior, o por el beneficio que obtienen del funcionamiento del sistema.

Así, la manutención de dictaduras como la de Jartum o Chad se debe, hasta cierto punto, a los respectivos apoyos de China y Francia. La caída de Gaddafi o Ben Alí se debió, en gran parte, a la ruta marcada por París, poco tiempo después de una molesta revelación, donde la ministra de Exteriores en ese entonces, Alliot-Marie, en 2011, ofreció apoyo militar al exdictador tunecino contra las manifestaciones, mientras que el premier Fillon, vacacionaba con fondos provistos por Mubarak (Samuel, 2011).

No es de extrañar, sabiendo cómo funciona la política regional, que en África no sea común la transición de poder. Si se saca la media de gobierno de los actuales mandatarios de Angola, Zimbabue, Camerún, Uganda, Burkina Faso, Suazilandia, Sudán, Chad, Eritrea, Gambia, Etiopía, Lesoto, Yibuti, Marruecos, Senegal y Ruanda, se encontrará con 391 años de gobierno en total, con un promedio de más de 24 años por cabeza (Svolik, 2010).

En el África de hoy existen en principio tres influencias preponderantes, donde el jugador principal es Estados Unidos, seguido de Europa –en especial Francia– y China, ascendiendo fuertemente. También se ha dado un aumento relevante de los intereses de Alemania, Japón e India sin que estos lleguen a hacer sombra a los anteriores.

A pesar de que cada uno de estos jugadores se desempeña de una manera distinta, existen puntos en los que generalmente concuerdan y, en últimas, las diferencias entre los intereses es más bien poca. La política minero-energética tiende a ser el pilar fundamental. Respecto a los métodos, las potencias usan en este juego cualquier arma para conseguir los fines. Estos serán los que en cada contexto se determinen necesarios, desde sutiles recortes o aumentos en ayudas financieras, tecnológicas o militares, hasta facilidades crediticias o, incluso, intervenciones militares directas no consentidas.

Estados Unidos y las nuevas formas de intervención

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos representa el poder más importante del hemisferio Occidental y, comúnmente, del mundo. A pesar de la Gran Recesión que se vive en la actualidad, el fin del imperio estadounidense es todavía poco probable. Esta nación dedica todos sus recursos humanos, tecnológicos y naturales a la expansión de su influencia por el mundo, mediante un uso astuto de los mismos, tal y como hizo en un principio con Latinoamérica.

Pese a no ser un imperio colonial, su influencia es mayúscula y su poderío militar es incuestionable. El imperio, en el mejor sentido, es la mayor economía mundial y consume el 19,8% de la producción mundial de crudo (British Petroleum, 2013), con poco más de trecientos diez millones de habitantes, para 2011, tenía un presupuesto militar que superaba en un 21% la suma de nueve Estados, en la lista de los países que más gastan (Stockholm International Peace Research Institute, 2012).

Alimentar ese poder despierta los intereses de Washington en África, a pesar de que Estados Unidos posee una cantidad de recursos impresionantes. Por ejemplo, es el tercer mayor productor de crudo del mundo, con una producción que oscila entre los ocho millones novecientos mil barriles, y posee una cantidad igualmente sorprendente de riqueza mineral.

No fue exageración cuando el expresidente George W. Bush dijo en el discurso del Estado de la Unión de 2006, “Estados Unidos es adicto al petróleo”, pero no solo al petróleo, pues también depende entre un 80% y 100% de las importaciones, especialmente de China, Canadá y Australia, de: arsénico, antimonio, bauxita, litio, platino, zinc, titanio, telurio, manganeso, estaño, vanadio, itrio, telurio, minerales raros, tantalio, estroncio, renio, cristales de cuarzo, columbio, fluorita, galio, germanio, indio, cobalto, potasio y bismuto (United Nations Economic Commission for Africa, 2011).

Sin embargo, la importancia del Medio Oriente para Washington por largo tiempo opacó a la mayoría de interesados en la bonanza petrolera, pero cada vez más, África muestra su valor dentro de los cálculos estratégicos. No solo provee más del 20% del petróleo que importa Estados Unidos sino que se planea que esa cifra aumente gracias a los ricos campos de África Occidental, hasta un 25% para 2015 (Polch, 2009).

También es una potencial fuente alternativa de minerales. Aunque por el momento los recursos mineros obtenidos son escasos, equivalentes a poco más del 5% del consumo de Estados Unidos, estando en mejor posición Latinoamérica. Solo tomando a México, Perú y Chile se obtiene el 15% (United Nations Economic Commission for Africa, 2011; United States Geological Survey, 2013).

La presencia de corporaciones como Exxon y Chevron, en el campo energético especialmente, para tratar de expandir y consolidar sus negocios es frecuente. Chevron (2012) se ve cada vez más comprometido en Angola, Marruecos, Nigeria y Sierra Leona,

y aunque estos países todavía no representan una gran proporción de su producción, el sector de África es al que mayor gasto en exploración geográfica le dedica.

Fuera de Estados Unidos, es el segundo en importancia para la compañía, solo después de Asia (Chevron, 2012), y el costo de producción por barril es solo superior al de Australia. ExxonMobil (2012) ya se encuentra en Congo, Libia, Angola, Guinea Ecuatorial, Nigeria, Sudáfrica, Madagascar y Tanzania, e incluso en el tradicionalmente protegido francés, Chad, donde la compañía estadounidense se encargó de un oleoducto hasta las áreas costeras de Camerún, que conecta unos 300 pozos para extraer alrededor de mil millones de barriles en 25 años, aunque en tan solo sus cinco años de funcionamiento hasta 2008, ya se habían extraído más de doscientos cuarenta millones de barriles de petróleo (bdp), en compañía minoritaria de Chevron y Petronas (ExxonMobil, 2008).

Si bien África produce el 10,9% del petróleo mundial, tan solo consume el 4% del total, por lo que le quedan libres unos cinco millones novecientos diecinueve mil barriles diarios de crudo con tendencia a mejorar, pues los cuatro principales Estados productores: Nigeria, Angola, Argelia y Libia, han aumentado en un 22,54%, la misma desde 2002, de seis millones veinte mil barriles diarios a siete millones trescientos setenta y siete mil (British Petroleum, 2013).

La importancia estratégica de Estados Unidos en la consecución de yacimientos sobre del Golfo de Guinea es vital, entre otras razones porque no existen obstáculos significativos hasta América una vez embarcado el petróleo, a diferencia de otras áreas petroleras importantes donde el tráfico se puede reducir en el estrecho de Ormuz, Malaca, los Dardanelos o Bab-el-Mandeb, que se encuentran a mayor distancia.

Estados Unidos confirmó su interés al crear el Africom en 2007, aunque su centro de operaciones está en Europa, existe una pequeña fuerza en Yibuti para proteger el Golfo de Adén y para que su presencia militar se fortalezca cada vez más. Primero, tras las nuevas necesidades estratégicas creadas por las caídas de regímenes autoritarios del Norte, que dejan un hueco en la seguridad y desestabilizan el área, en muchos casos por acciones de Estados Unidos y sus aliados. Segundo, y más importante aún, con operaciones casi cotidianas, generalmente, usando vehículos aéreos no tripulados (UAV, por su sigla en inglés) en el Magreb y Somalia, como apoyo a sus aliados.

No solo la única base permanente de Estados Unidos en el continente está en Yibuti, sino que Washington, como lo recordó Hillary Clinton, el 17 de enero de 2013, durante la visita de Hassan Sheik, gastó más de mil cien millones de dólares para lograr mantener al gobierno de Mogadiscio, incluyendo el pago de tropas extranjeras de la Unión Africana.

Además, mediante la Trans-Sahara Counterterrorism Partnership se planea la construcción y entrenamiento de fuerzas armadas, en una asociación que ya cuenta con la participación de Nigeria, Libia, Níger, Malí, Chad, Burkina Faso, Mauritania, Argelia, Túnez, Marruecos, Senegal y, por supuesto, Somalia (Polch, 2009). Otra forma mediante

la cual la administración Obama expande su poder militar en África, es con la construcción de instalaciones con objeto de usar UAV. Según reportó el *Washington Post*, el 19 de julio de 2013, el país cuenta con instalaciones acordadas en Yibuti, Seychelles, Etiopía y Níger. Aunque se debe esperar el desarrollo de las cosas, ya que el presidente Obama o sus sucesores, quizá vean la obligación de expandir otro punto de la doctrina Bush, donde, en discurso del 2006, declaró: “No hay paz (y) con retirada. No hay honor en la retirada”.

Europa y la disputa por los recursos estratégicos

En el caso de la vieja Europa Occidental, la necesidad por recursos estratégicos es imperiosa, a diferencia del caso chino, que es el mayor productor minero y posee una mano de obra bien calificada. Europa carece prácticamente en su totalidad de recursos minero-energéticos. Su producción minera es apenas del 2,6%, las reservas probadas de petróleo equivalen al 0,4% y su producción es igual al 2% mundial (British Petroleum, 2013; United Nations Economic Commission for Africa, 2011), a pesar de lo cual, Europa consume el 20% del *output* minero y el 15,9% del petrolero (British Petroleum, 2013). Para solventar dicha cuestión, Europa, en particular las potencias económicas y militares como Alemania, Reino Unido y Francia, miran al oriente y al sur.

En oriente, el gigante minero-energético del mundo, Rusia, es uno de sus mayores proveedores de materias primas, sin embargo, por obvias razones estratégicas no se quiere depender del famélico pero ascendente imperio de Putin, quien ha optado por retornar parcialmente al control estatal del sector gasístico y petrolero, donde las empresas públicas Gazprom y Rosneft ya son líderes mundiales. Mientras que en el sur, tradicionalmente, Europa representa la fuerza preponderante.

En la actualidad, los miembros de la Unión Europea importan algunos de los minerales industriales básicos como: antimonio, cobalto, molibdeno, niobio, platino, tantalio, titanio, vanadio y minerales raros al 100%; manganeso al 90%, hierro al 87%, bauxita y estaño al 82%, zinc al 65%, cromo al 55% y cobre al 50% (United Nations Economic Commission for Africa, 2011). En cuestiones petrolíferas la situación no es menos grave, por ejemplo, si toda la producción de la Unión Europea se destinara a alimentar una de las tres grandes potencias, resultaría apenas suficiente para Francia, dejando un insustancial superávit para Reino Unido y un déficit del 40% aproximadamente para Alemania (Organización de Países Exportadores de Petróleo). A este factor de insuficiente producción se le suma la dificultad de encontrar fuentes relevantes dentro de la misma Europa occidental, cuyas reservas, incluso las más grandes, como la británica y noruega del mar del Norte, están exhaustas.

Para proteger y conservar sus áreas de influencia, Reino Unido y Francia, han usado su poder económico y militar, siendo estos la piedra angular de su política. En gran medida desde los pactos de Saint-Malo, en diciembre de 1998, se trata de unificar la política exterior franco-británica hacia África. Sin embargo, la política de Londres y París no es todavía muy unívoca, aunque París es mucho más decidida, ganándose el apelativo del “Gendarme de África”, con varias decenas de intervenciones desde la descolonización (McNamara, 1989; Touati, 2007).

Francia favorece más a menudo acciones militares relativamente grandes en la *Françafrique*, que Gran Bretaña en el África anglófona. No ha existido un gobierno galo, de De Gaulle a Hollande, que no haya protegido o derrocado algún régimen africano.

Francia, cuyos intereses y prácticas son las más relevantes, hace poco llamó al fin de la *Françafrique* y al consiguiente reinicio de las relaciones con países, donde Francia, en contubernio con los gobernantes locales, ha sido responsable de la manutención de la influencia gala en África occidental mediante corruptelas, represión y monopolios, para poder lograr un vínculo donde el respeto y la ayuda mutua sean el denominador común.

A pesar de lo cual, pareciese que las palabras vigentes no son las de Hollande o Sarkozy en la campaña presidencial o en Dakar, sino la de Villepin, ministro de Exteriores, ante la Asamblea del 18 de junio de 2003: “África es una oportunidad real para Francia. Amplía tanto nuestro horizonte y nuestra ambición en la escena internacional. Es cierto en el contexto diplomático, económico y cultural” (Touati, 2007: 4).

La política gala no podrá, ni querrá, deshacerse de su influencia en África occidental. Los intereses, tanto privados como públicos, que se encuentran en el área son sumamente grandes. Francia, el país que más depende de la energía nuclear en el mundo, es el segundo en producción después de Estados Unidos con 17,2% del total mundial, y excede la producción completa de Asia-Pacífico, depende para alimentar sus plantas del uranio africano (British Petroleum, 2013). Areva S. A., es el accionista mayoritario de compañías que tan solo en Níger extraen el 8% de la producción mundial (en Arlit y Akouta) y el 30% del consumido por Francia (Dasnois, 2012), habiendo disfrutado de un monopolio virtual hasta 2007, e incluso es el sujeto predominante y de interés para compañías como el Grupo Bolloré, fundada en la era colonial, quien según la misma compañía, es el mayor empleador del sector privado en África, con unos veinticinco mil trabajadores en 45 países, donde desarrolla proyectos mineros, petroleros, gasíferos, farmacéuticos, de transporte, telefonía y agroindustria. Posee bodegas por una extensión aproximada de 4’766.000 m² y maneja el 12% del total de puertos del continente.

Para el 2012 registró ventas por unos dos mil quinientos millones de euros, más del doble que hace seis años y 18% más que el año anterior, representando el pilar del Grupo, que pierde dinero en sus inversiones europeas (Bolloré, 2013). No sorprende que el 31 de mayo de 2010, en la apertura del encuentro Francia-África, que se celebró en Niza,

con la asistencia de 38 líderes africanos, Sarkozy haya afirmado: “África es nuestro futuro” (Radio France International, 2010).

No es de extrañar que el discurso de la democracia se desmorone y promueva ciertas dictaduras como en Chad con Déby, quien llegó al poder hace 23 años en un golpe, o en Gabón, donde Alí Bongo obtuvo un cargo que De Gaulle entregó a su padre, Omar, en 1967, la Presidencia (McNamara, 1989). Recientemente Francia envió una pequeña fuerza militar para controlar la parte norte de Malí por petición del régimen de Bamako, no obstante, todavía es pronto para decir si Hollande continuará con la cara más fuerte de la *Françafrique*, o por el contrario, si adoptará técnicas más sutiles. También es significativo comprender que el poder europeo se encuentra en declive comparativo.

Francia está en la posición de tener que apoyar a quien gane el “trono” de un país en África o arriesgarse a perder un “amigo”. Es influyente, aunque posiblemente nunca vuelva a tener capacidad decisoria como en décadas pasadas. Pero sigue teniendo una vigorosa presencia militar, en especial en Gabón, Senegal, Yibuti, República Centroafricana, República Democrática del Congo, Chad, Costa de Marfil y Malí. Y en la zona franco, dividida en África Occidental –compuesta por Benín, Burkina Faso, Costa de Marfil, Guinea-Bisáu, Malí, Níger, Senegal y Togo– y África Central –que se constituye por Camerún, República Centroafricana, Chad, Congo, Guinea Ecuatorial y Gabón–, donde la moneda corriente es el CFA, respaldado por el tesoro francés y con un tipo de cambio fijo frente al euro, al igual que el franco comoras (Banque de France, 2010).

Así como para Estados Unidos el petróleo es muy relevante, también lo es para las grandes potencias europeas. Royal Dutch Shell (2013), pese a la gran inestabilidad social, produce más de treientos sesenta mil bdp solo en el Delta del Níger, y también posee intereses en Benín, Gabón, Ghana, Libia, Sudáfrica, Tanzania y Túnez. British Petroleum (2012) explota yacimientos en Argelia, Egipto, Angola y Libia, a donde volvió gracias a las nuevas y buenas, aunque cortas relaciones entre Gadafi y Tony Blair. Además explora en Namibia. En total, concentra el 31% de su producción e inversión en el área, donde se encuentra la mayoría de sus reservas. Solo los intereses franceses en Nigeria superan los que posee en toda Latinoamérica, que son apenas un 2% mayores a los de Angola (Total, 2012).

El Ente Nazionale Idrocarburi (ENI), quien denomina a África como “nuestra nueva gran frontera” (ENI, 2012: 9), explora y extrae petróleo y gas en Egipto, Libia, Argelia, Túnez, Níger, Nigeria, Malí, Guinea Ecuatorial, Gabón, Congo, Ghana, Togo y Mozambique, donde recientemente encontró “el hallazgo de gas más grande de nuestra historia”. Según lo calificó ENI (2012): Mamba Sur. Asimismo, pequeños países con grandes chequeras poseen intereses importantes, por ejemplo, la zuriquesa Glencore-Xstrata, quien controla un imperio de *commodities* que incluyen yacimientos mineros en el Congo, Tanzania, Mauritania, Burkina Faso y Zambia (donde se halla la gran mina de cobre de mpani) y petroleros en Chad, Guinea y Camerún.

Incluso instituciones financieras europeas han realizado negocios que para estándares de África son grandes, por ejemplo, el Commerzbank (2012), quien entre 2004 y 2011 prestó a Angola alrededor de cinco mil novecientos millones de dólares, y de 2007 a 2011 quinientos setenta y ocho millones de euros.

Asia y las alianzas de confianza

En el juego de dinámicas de la Guerra Fría, emergió un nuevo participante en el firmamento africano. Desde la década de las independencias, China empezó a hacer presencia en África entre 1963 y 1964, periodo durante el cual el premier chino Zhou Enlai, dio una gira que lo llevó a Egipto, Argelia, Marruecos, Túnez, Ghana, Malí, Guinea, Sudán, Etiopía y Somalia. En la actualidad, China no solo mantiene su influencia sino que la extiende dentro del continente, siendo muy popular entre sus anfitriones gracias a que no interviene en asuntos internos, sus facilidades crediticias y el haber demostrado ser un favorecedor confiable.

Desde que el político chino Deng Xiaoping iniciara la liberalización parcial y planeada de la economía, China necesita una cantidad de materia prima inmensa, que a pesar de la gigantesca proporción de los recursos energéticos y minerales del país, cada vez aumenta más su dependencia y demanda de recursos importados para su sostenimiento y expansión, por lo que se incentivó el *zou chuqu* “salir al mundo” (Jiang, 2012: 289), a lo cual se han unido otros regímenes de Asia.

China, se encuentra en un área tradicionalmente rica en diversos sectores de la economía, y el de la minería no es la excepción. De hecho, es el mayor productor minero del mundo. Sin embargo, el rapidísimo desarrollo de la nación más populosa del mundo necesita la mayor cantidad de recursos posibles, convirtiéndola en el país más consumidor de metales base del planeta. Del año 2000 al 2007 China aumentó entre el 200% y 300% su consumo de aluminio, cobre, zinc, plomo, níquel, estaño y hierro (los porcentajes respectivos frente a la producción mundial son: 32,5%; 26,2%; 32,1%; 30,6%; 24,9%; 39,9% y 48,2% (United Nations Economic Commission for Africa, 2011). Pero el mayor imperativo chino no son realmente los minerales base sino el petróleo, pues consume el 9,3% de la producción mundial y es responsable del 10,5% de las importaciones.

Desde que Enlai hizo su primera gira en África a mediados de los sesenta, China ha tenido un acercamiento pragmático con un discurso útil para los dirigentes africanos – China fue un país que sufrió la política de las cañoneras del imperialismo occidental–, discurso que trata de la liberación y el desarrollo mutuo, con éxitos sobresalientes. En las últimas décadas la estrategia se robustece por la creciente chequera de Pekín, con los mismos términos de siempre; en palabras del expresidente Jintao, en 2012:

Estoy encantado por reunirme con ustedes en la Quinta Conferencia Ministerial del Foro de Cooperación África-China en Pekín, mientras nos reunimos acá para renovar tanto la amistad entre los pueblos de China y África como para discutir formas de impulsar la amistad China-África y la cooperación (...). Esta iniciativa demuestra el deseo compartido de los pueblos chino y africano de buscar la paz, cooperación y el desarrollo en un mundo cambiante (...). Cuando nos reunimos acá hace seis años en la cumbre de la FOCAC en Pekín, China y África decidieron establecer un nuevo tipo de asociación. Desde ese entonces, progreso importante se ha hecho en la realización de esta visión gracias al esfuerzo de ambas partes. China y África han mejorado fuertemente las amistosas relaciones políticas basadas en el respeto mutuo y la confianza mutua. Nosotros hemos realizado más encuentros de alto nivel y un diálogo e intercambios más a fondo, y provisto un mayor apoyo el uno al otro.

China incluso celebra cada cuatro años el Foro para la Cooperación China-África (FOCAC, por su sigla en inglés), la más reciente se llevó a cabo en 2012, donde ministros del Exterior y de Economía de más de 50 Estados de África estuvieron presentes. Por otra parte, los mensajes de la nueva cúpula china siguen siendo de amistad. Así lo han dejado ver Li Keqiang, primer ministro chino y Xi Jinping, presidente actual de la República Popular China, en algunas reuniones con hombres de Estado africanos, tanto en China como en África, ya que las actividades económicas benefician a ambas partes. Por ejemplo, con la construcción de grandes obras, además, el comercio bilateral se ha disparado, de menos de diez mil millones de dólares en 2001 a más de cien mil en 2011, donde China mantiene un déficit en la balanza comercial.

A grandes rasgos, los poderes asiáticos en ascenso están haciendo lo mismo que sus pares occidentales hicieron, compran la materia prima y venden manufacturas mientras aumentan la dependencia y constituyen una nueva periferia. Como ejemplo, se puede ver que casi un tercio de la inversión directa va a minería, y un 19,5% a finanzas. Aunque cada vez parece más alto el precio, gran parte de la importación china de crudo se ha asegurado mediante el pago de elevados costos para ayudas a la infraestructura, incluso, gobiernos como el de India, que debe importar el 70% de su petróleo y tiene un poderío económico relevante, han perdido posibilidades por la disposición china a pagar mucho más.

A cambio de concesiones petroleras los gobiernos de China, Corea del Sur e India construyen y reparan carreteras en Nigeria, e igualmente, Corea del Sur y China dan préstamos por más de dos mil millones de dólares cada uno (Vines, Wong, Weimer y Campos, 2009).

Los chinos también demuestran ser aliados de confianza, pues no solo emprenden monumentales obras de infraestructura, sino que también complacen a los mandatarios del continente ofreciendo tratos favorables a quienes estén en su protección, como en el caso

de Sudán en que Al-Bashir es intocable. Basta con apreciar lo que significan las resoluciones 1556/2004 y 591/2005 del Consejo de Seguridad, que imponen un embargo parcial de armas (Stockholm International Peace Research Institute, 2009) donde no se prohibió proveer de estas al gobierno sudanés sino que se ingresaron al área de Darfur.

Es poco creíble que el régimen de Jartum que puede comprar libremente armas –chinas, por cierto-, en vez de tratar de ganar la contienda con su indiscutible superioridad militar, decida no envolver los arsenales comprados en la contienda. La razón principal para imponer esta sanción fue la imposibilidad de aplicar una pena real por el veto chino.

En especial, los dos grandes productores de petróleo del continente, Nigeria y Angola, donde se concentran la mayoría de las reservas y la producción del área (British Petroleum, 2013), reciben principal atención de los poderes del Lejano Oriente. Hay que tener presente que solo Indonesia y Malasia son autosuficientes en términos petroleros, por lo que no resulta extraña la afirmación del premier indio, Manmohan Singh, ante la Asamblea de Nigeria, en 2007: “Esta es una alianza por la seguridad energética. Seguridad energética es un prerrequisito vital para un crecimiento sostenido. Las riquezas naturales de Nigeria proveen la base para nuestra mutua cooperación por la seguridad energética”.

Y no exageraba, ya que el 95% de las importaciones de India respecto a Nigeria son del rubro petrolero, y la Indian Oil Corporation, como compañía más grande de la India está urgida por participar en el país (Vines *et al.*, 2009).

Angola es la segunda fuente de petróleo de China, y si su futuro petrolero sigue siendo como hasta ahora, podría resultar estratégico para Pekín. De cualquier forma, la difícil realidad es que para el 2030 se estima que el régimen chino necesite ocho millones de bdp más para funcionar (Vines *et al.*, 2009). El gobierno de Eduardo dos Santos, presidente de Angola desde 1979 –y cuya hija, Isabela, es considerada por la revista *Forbes* como la única mujer en África con un patrimonio superior a los mil millones de dólares–, que tan solo en 2008 visitó dos veces China, puede ser vital por el férreo control que ha ejercido sobre los recursos minero-energéticos, desde la administración de la empresa paraestatal Sonangol en alianzas públicas-privadas. No en vano el 95% de las exportaciones angoleñas al gigante de Oriente son del rublo petrolero.

Los chinos de alguna manera absorben parte de la competencia en estos terrenos. PetroChina compró 28,57% de Eni East Africa, por 4.210 millones de dólares, poco tiempo después de descubierto el Mamba Sur (ENI, 2012). En Nigeria, la compañía Sinopec compró por 2.460 millones de dólares la participación de Total S. A. en el bloque 138 (Ernest y Young, 2012).

Conclusión

Es visible que los medios materiales, cuya consecución es únicamente posible por la disponibilidad de los recursos naturales y humanos, son los que otorgan la capacidad de imponer el poder. Con esta lógica, las monarquías europeas, en un principio, iniciaron procesos de acumulación primitiva que junto al azar, les permitió desarrollar grandes estructuras políticas y económicas, cuyo principal objetivo era su propia expansión y perpetuación, lograda con creces. Desde la expoliación de tierras y el comercio de esclavos, muy propios de la conquista, hasta la irrupción del modelo industrial, con la proletarización y la producción en masa, las dinámicas básicas observadas son las mismas y su eje central permanece inmutable, es decir, la obtención de réditos mediante la acumulación de cuanto recurso sea posible. Incluso, los discursos justificativos giran en torno a temáticas sumamente similares. Todo exacerbado por la producción industrial, que permite, como nunca antes, transformar material y trabajo en nuevos y sorprendentes artículos que sirven de fuelle al ciclo productivo.

Por último, la descripción y lectura de lo que ha ocurrido y ocurre en África, evidencia que el capitalismo adopta formas de producción que implican procesos de acumulación que no pueden estar ajenos a la dinámica de la intervención, control y explotación. El análisis no valorativo de la lógica utilitarista, mercantilista y capitalista que diagrama las relaciones socioeconómicas y políticas desde la post Guerra Fría, muestra la necesidad que tienen las potencias por hacerse del control de áreas o países estratégicos por sus recursos. En este escenario, África se convierte en el ideal para intervenir, controlar, explotar y transformar sus recursos.

Es claro que el Continente Negro, así referenciado por Henry Morton Stanley, uno de sus grandes exploradores, es importante en el orden multipolar de hoy, ya que la apertura de mercados y el costo que esto conlleva se torna necesario en aras del desarrollo económico de las sociedades globalizadas y de consumo.

Referencias bibliográficas

- AFRICAN OIL POLICY INITIATIVE GROUP. *African oil: a priority for U. S. national security and Africa development*. 2011.
- BANQUE DE FRANCE. *The franc zone: fact sheet*. Versión electrónica: http://www.banque-france.fr/fileadmin/user_upload/banque_de_france/Eurosysteme_et_international/zonefr/i127gb.pdf, 2010.
- BOLLORÉ. *2012 results*. 2003.
- BRETT, Michael. *Approaching African history*. Suffolk, James Currey, 2013.

- BRITISH PETROLEUM. *Annual report and form 20-F 2012*. BP, 2012.
- . *BP Statistical Review of World Energy*. 2013.
- BROWN, Christopher. “Abolition of the Atlantic slave trade”. En: Heuman, G., y Burnard, T. (eds.). *The Routledge history of slavery*. Abington, Routledge, 2011.
- BURNARD, Trevor. “The Atlantic slave trade”. En: Heuman, G., y Burnard, T. (eds.). *The Routledge history of slavery*. Abington, Routledge, 2011.
- BUSHNELL, David. 2000.
- BYRD, Alexander. *Captives and voyagers. Black immigrants across the eighteenth-century british Atlantic world*. Baton Rouge, Louisiana University Press, 2003.
- CAMPBELL, Gwyn. “Slavery in the Indian ocean world”. En: Heuman, G., y Burnard, T. (eds.). *The Routledge history of slavery*. Abington, Routledge, 2011.
- CHEVRON. *2012 annual report*. Chevron, 2012.
- COQUERY-VIDROVITCH, Catherine. *Africa and the africans in the nineteenth century. A turbulent history*. Nueva York, M. E. Sharpe, 2009.
- ENTE NAZIONALE IDROCARBURI. *2012 annual report*. ENI, 2012.
- ERNEST y YOUNG. *National oil company monitor*. 2012.
- EXXONMOBIL. *Profile: Chad/Cameroon Doba Basin*. ExxonMobil, 2008.
- . *2012 annual report*. ExxonMobil, 2012.
- FERGUSON, Niall. *Civilización: Occidente y el resto*. Barcelona, Debate, 2012.
- FORESTIER, Albane. Principal-agent problems in the french slave trade: the case of Rochelais Armateurs and their agents, 1763-1792. Department of Economic History London School of Economics. *Working Paper*, núm. 13. Versión electrónica: <http://eprints.lse.ac.uk/22478/1/wp13.pdf>, 2005.
- FOSTER, Robert. “The French Revolution, people of color, and slavery”. En: Klaitz, J., y Haltzel (eds.). *The global ramifications of the French Revolution*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- HORNSBY, Stephen. “Geographies of the british Atlantic world”. En: Bowen, H. V., Mancke, E., y Resid, J. (eds.). *Britain’s oceanic empire. Atlantic and Indian Ocean worlds, 1550-1850*. Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
- INGLIS, Douglas. “Sugar cultivation and trade”. En: Benjamin, T. (ed.). *Encyclopedia of western colonialism since 1450*. Vol. 3. Farmington Hills, Thomson Gale, 2007.
- JIANG, Shixue. “Las relaciones de China con Colombia”. En: Creutzfeldt, B. (ed.). *China en América Latina: reflexiones sobre las relaciones transpacíficas*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2012.

- KLEIN, Martin. *Slavery and colonial rule in french west Africa*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- . “Legitimate commerce”. En: Shillington, K. (ed.). *Encyclopedia of African history*. Vol. 1. Nueva York, Taylor & Francis Group, 2005.
- KROSLAK, Daniela. En: Taylor, I., y Williams, P. (eds.). *Africa international politics: external involvement on the continent*. Londres, Routledge, 2004.
- MACKENZIE, John. *The partition of Africa, 1880-1900, and european imperialism in the nineteenth century*. Londres, Methuen, 1983.
- MCNAMARA, Francis. *France in Black Africa*. Washington, National Defense University, 1989.
- MCPHEE, Peter. *La Revolución Francesa, 1789-1799*. Barcelona, Crítica, 2003.
- METCALF, Alida. *Go-betweens and the colonization of Brazil, 1500-1600*. Austin, Texas University Press, 2005.
- MORGAN, Kenneth. *Slavery, Atlantic trade and the british economy, 1660-1800*. Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- ORGANIZATION OF THE PETROLEUM EXPORTING COUNTRIES. *2012 annual statistical bulletin*. OPEC, 2012.
- PEABODY, Sue. “Slavery and the slave trade”. En: Dewald, J. (ed.). *Europe 1450 to 1789. Encyclopedia of the early modern world*. Vol. 5. Nueva York, Thomson Gale, 2006.
- ROYAL DUTCH SHELL. *2012 annual report*. Royal Dutch Shell, 2013.
- SAMUEL, Henry. French Foreign minister defends offer to help ousted Tunisian president. En: *The Telegraph*. Versión electrónica: <http://www.telegraph.co.uk/news/world-news/europe/france/8267380/French-foreign-minister-defends-offer-to-help-ousted-Tunisian-president.html>, 2011.
- SCHACHT, Hjalmar. “Germany’s colonial demands”. En: *Foreign Affairs*, vol. 15, núm. 2, pp. 223-234, 1937.
- SCHMIDT-NOWARA, Christopher. “Esclavitud y lealtad: Cuba y Puerto Rico en la era revolucionaria”. En: Palacios, M. (ed.). *Las independencias hispanoamericanas: interpretaciones 200 años después*. Bogotá, Norma, 2009.
- SEARING, James. *West Africa slavery and the Atlantic commerce: the Senegal river valley, 1700-1860*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- SHERIFF, A. M. H. “The slave mode of production along the east African coast, 1810-1873”. En: Willies, J. R. (ed.). *Slaves and slavery in muslim Africa*. Vol. 2. Londres, Frank Cass, 1985.

- STOCKHOLM INTERNATIONAL PEACE RESEARCH INSTITUTE. *Arms flows to the conflict in Chad*. SIPRI, 2009.
- . --*SIPRI Yearbook 2012: armaments, disarmament and international security*. SIPRI, 2012.
- TOTAL. *Total Factbook 2012*, 2012.
- TOUATI, Sylvain. *French foreign policy in Africa: between Pré Carré and multilateralism*. The Royal Institute of International Affairs, 2007.
- UNITED NATIONS ECONOMIC COMMISSION FOR AFRICA. *Minerals and Africa's development: the International Study Group Report on Africa's Mineral Regimes*. Uneca, 2011.
- UNITED STATES GEOLOGICAL SURVEY. *Mineral commodity summaries*. USGS, 2013.
- VINES, Alex, WONG, Lillian, WEIMER, Markus y CAMPOS, Indira. *Thirst for African oil: Asian national oil companies in Nigeria and Angola*. Londres, The Royal Institute of International Affairs, 2009.
- WEBER, David. *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Barcelona, Crítica, 2007.
- WECKMANN, Luis. *La herencia medieval del Brasil*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.
- WOOD, Betty. "The origins of slavery in the Americas, 1500-1700". En: Heuman, G., y Burnard, T. (eds.). *The Routledge history of slavery*. Abington, Routledge, 2011.